

C-205
38

PARISINA

R-6776

FOR

LORD BYRON.

Don Francisco Martner

SANTIAGO:
IMPRESA DE LA **Gaceta de Galicia**
San Francisco núm. 9.

1879.



M. 13314

R. 13215

PARISINA

FOR

LORD BYRON

Manuel Antonio

SANTIAGO:
IMPRESA DE LA GACETA DE CHILE
205 Francisco N.º 9

1878

Es la hora en que el ruiseñor hace oír desde la er-
guida copa de los árboles sus melodiosos acentos y en
que las promesas de los amantes parecen tan dulces en
cada palabra pronunciada por lo bajo. El murmullo de
la brisa y de la vecina cascada encantan, con sus
acordes unísonos, al que busca la soledad; las flores se
humedecen con leves gotas de rocío: las estrellas ta-
chonan con sus nítidos fulgores la elevada bóveda del
firmamento: la fugitiva onda del mar se torna de un
azul mas oscuro: el verde follaje se reviste de un color
mas sombrío; y los cielos ofrecen ese claro oscuro, es-
pecie de sombra tan dulce y tan pura que acompaña á
la caída de la tarde, cuando el crepúsculo se dispone á
desaparecer ante los pálidos rayos de la luna.

II.

Parisina abandona el palacio de los Príncipes de Es-
te; pero no para escuchar el ruido de la cascada, ni

para admirar la luz de los cielos que avanza en las sombras de la noche. Si se detiene bajo el espeso follaje que vela sus pasos] no es para coger la encendida y abierta rosa. Escucha, pero no escucha al ruiseñor por mas que espere su apercibido oido el dulce extásis de acentos tan tiernos como los suyos. Alguno se desliza á través de la oscura enramada. La frente de Parisina palidece y su corazon palpita: una voz la llama dulcemente en medio de las trémulas hojas: el carmín enrojece al punto sus mejillas y su corazon está como oprimido. Un momento mas y ellos se habrán reunido: este momento pasa y su amante está á sus piés.

III.

¿Qué les importa el mundo y todos los cambios que opera el tiempo al voltear su caprichosa y movible rueda? Los séres que lo animan; la tierra, los cielos nada son á sus absortos ojos y á su preocupado espíritu: tan indiferentes para todo lo que existe, como para todo lo que se cierne por cima de sus cabezas, cual si todo hubiese dejado de existir, viven únicamente el uno para el otro y sus suspiros mismos están llenos de delicias. Su embriaguez es tan grande que si este delirio abrasador no perdiese nunca su fuego, consumiria muy pronto los corazones con cuya posesion se alimenta. El amargo dejo del crimen ó la eventualidad de algun peligro no vendrá á turbar su amorosa y dulce entrevista? Ah!

el que conoció el amor ¿experimentó alguna vez vacilacion ó temor en tan supremos y encantadores momentos? Pensó siquiera en su corta duracion? Mas ellos se alejan! Ay! es menester no despertarlos para que ignoren que esos sueños no se renovarán ya.

IV.

Se alejan con lánguidos ojos del asilo que ha protegido sus culpables amores y esperan verse de nuevo; juran y por tanto se aflijen como si se diesen el adios postrero. Sobre la frente de Parisina brilla la claridad del cielo cuyas iras teme y al cual pedirá algun dia perdon en vano. Frecuentes suspiros; prolongados abrazos, sus lábios que rehusan desunirse todo retiene á los amantes en el lugar de la despedida; pero es necesario, es preciso separarse. Sus corazones están oprimidos y convulsos y experimentan ese glacial estremecimiento que sigue de cerca á los actos criminales.

V.

Hugo se retira á su cama solitaria donde sus deseos llaman todavia por la esposa agena. Parisina va á reclinar su culpable cabeza sobre el corazon confiado de su esposo; pero el delirio de la fiebre parece turbar su sueño. Los ensueños que la agitan coloran con un vivo

carmin sus mejillas: durante su insonnio, repite un nombre que no hubiera osado pronunciar á la luz del día y oprime á su esposo contra el seno que otro hace palpar: su esposo despierta al impulso de estos tiernos abrazos y estimándolos sinceros, cree inspirar. cual antes, esos suspiros y esas tiernas caricias con que en otro tiempo era engañado.

VI.

Oprime contra su corazón á Parisina dormida y presta atento oído á sus entrecortadas palabras; escucha..... Por qué el Príncipe Azo se sobresalta súbito cual si oyese la terrible voz del Arcángel? Tuvo para ello su razón! No será mas terrible el sonido que quebrantará su tumba cuando despierte para no volver á dormir mas y para comparecer ante el trono del Eterno. Desde este momento ha perdido toda dicha y ventura sobre la tierra. Ese nombre que pronuncia por lo bajo: Parisina, en la turbacion de su sueño, atestigua su crimen y la vergüenza de Azo. Que nombre es ese que resuena en su nupcial lecho como la furiosa ola que lanza sobre la ribera á una ligera barca y bate contra la roca al infeliz naufrago? Tal efecto causa este nombre en su alma! Qué nombre es ese? és el de Hugo, de su!.... Hubiera podido imaginarlo? de Hugo..... el hijo de la que amó en su juventud imprudente: su hijo, el fruto de un amor ilegítimo..... el hijo de la crédula Blanca bastante débil para entregarse á un príncipe que no debia ser su esposo.

VII.

Azo llevó la mano á su puñal; pero lo volvió á la vaina antes de haberlo enteramente sacado. Parisína es indigna de vivir; mas podrá el Príncipe matar á una esposa tan bella? Si no la tuviese dormida aún á su lado, si la sonrisa no hubiese continuado asomada á sus entreabiertos lábios. Pero no, no quiso despertarla; mas fijó en ella su mirada que hubiera helado todos sus sentidos en un sueño mas profundo, si huyendo los fantasmas del que la embargaba por completo, hubiese acertado á abrir sus ojos en tal momento y los fijara en la frente de Azo inundada por espesas gotas de sudor, en las cuales se reflejaba la sombría y mortecina luz de la lámpara. Parisína cesó de hablar; pero duerme todavía muy agena en verdad al fatídico decreto que acaba de contar sus días.

VIII.

A la mañana Azo interroga á todos los que habitan su palacio y no recoge mas que pruebas de lo que teme descubrir. Todo le confirma la debilidad de Parisína y la afrenta de su esposo. La servidumbre de la princesa que ha encubierto y favorecido largo tiempo su infidelidad, trata de huir al castigo ahora, lanzan-

do todo el vituperio contra su soberana. No es un secreto: no olvidan los fementidos servidores ninguna de las circunstancias que pueden atestiguar la verdad de sus revelaciones. El corazón desolado de Azo ya no tiene más que saber ni que sentir.

IX.

No era de esos hombres que soportan los desdenes. El sucesor de los antiguos príncipes de la casa de Este, sentado sobre su trono en la cámara del Consejo está rodeado de los grandes de su corte y de sus guardias. Delante de él comparecen los dos criminales, ambos todavía en la flor de sus años y en la fuerza de la vida. Nadie iguala á Hugo en belleza. Es menester, oh Cristo! que un hijo sucumba desarmado y con las manos cargadas de cadenas en presencia de su padre! He aquí la forma en que Hugo es conducido para oír al suyo pronunciar en su cólera una sentencia de muerte y su propio deshonor. Hugo no tiene el continente consternado; pero su boca guarda un mustio silencio.

X.

Muda como él, pálida é inmóvil aguarda Parisina su condena. ¡Que cambio se ha operado en aquella, cuyas espresivas miradas inspiraban la alegría en un palacio dentro del cual los señores estaban orgullosos con servirla y donde las bellas se afanaban por imitar

el acento de su voz, los encantos de su apostura y modales, y de plagiar en suma, las gracias de su soberana! Ah! si sus ojos hubiesen entonces derramado lágrimas, mil espadas hubieran brillado, mil guerreros hubieran concurrido á su defensa, y todos se hubiesen disputado el honor de ser los caballeros vengadores de sus citas y querellas. ¡Mas al presente que es la infortunada princesa! ¿Podria mandar á sus antiguos servidores? ¿Obedecerian los cortesanos? Todos guardan el mas profundo silencio y permanecen con la mirada baja y torba, fruncido el entrecejo, cruzados los brazos sobre el pecho, revistiendo un continente severo y conteniendo apenas sus lábios la espresion de un pronunciado desdén. El jóven héroe predilecto de la Corte y cuya lanza se hubiese puesto en ristre á una sola mirada de los cortesanos, y que, á verse libre un solo momento, se hubiese conquistado su libertad aún á costa de su vida; el amante querido de la esposa de su padre se halla cerca de ella y sus brazos están cargados de cadenas: no puede ver sus ojos que lloran ménos su infortunio que el de su cómplice. La vispera todavía, una lijera vena dibujaba apenas algunas líneas de azul sobre el alabastro de sus párpados que incitaban al anhelado beso. Hoy pálidos y lividos parecen comprimir mas bien que velar sus moribundos ojos que se anegan en lágrimas.

XI.

Hugo mismo hubiese llorado por ella sino fuese objeto de todas las miradas. Fué yena yacia adormecida y

su frente tenía algo de sombrío y altanero. Se hubiese desesperado de enternecerse y temblar ante la multitud; por eso no osaba mirar á Parisina! El recuerdo de pasados días, su crimen, su amor, su estado presente, la desesperacion de su padre, la indignacion de los hombres virtuosos, su destino sobre la tierra y en el cielo; pero sobre todo el destino de ella.... he aquí los pensamientos que le embargan. Osará contemplar aquella frente pálida como la luna? No, temeria que su corazon no le permitiese sentir el remordimiento de los males porque se le acusa.

XII.

Azó habló y sus palabras fueron las siguientes:

«Ayer estaba todavía orgulloso con mi esposa y con mi hijo. Este sueño se ha desvanecido esta mañana. Antes de terminar el día no tendré hijo ni esposa. Estoy condenado á una vida solitaria y triste. Bien que se cumpla mi destino! ¿Llegaria á tan lamentable extremo si no me viese forzado á ello? ¿Quién ha roto los apretados lazos que nos unian? No he sido yo. Pero el cielo lo ha querido; el suplicio se prepara. Hugo, ¡un sacerdote te espera, y despues irás á recibir el castigo de tu crimen. Adios! dirige en tanto tus plegarias al cielo! Hasta la aparicion de la estrella de la tarde te queda tiempo para reconciliarte si es posible con tu Dios. Su misericordia puede solo absolverte; pero sobre la tierra no hay lugar en que podamos respirar una hora el mismo aire. Yo no te veré morir; mas tú, esposa

infiel, verás caer su cabeza. Adios mujer de corazon impúdico. No soy yó, sino tú, quien derrama la sangre de Hugo. Sobrevive si puedes al espectáculo de que serás testigo. Regocijate con la vida que te otorgo.»

XIII.

Despues de estas palabras, el severo Azó se cubrió el rostro. Las venas de su frente latieron con violencia, cual si la sangre que contenian hubiese afluido súbito á ellas. Bajó luego la cabeza y pasó su trémula mano sobre sus ojos para velarlos á las miradas de la asamblea. Hugo levanta en tanto hácia él sus encadenados brazos y reclama un momento de atencion para contestar á su padre. El príncipe guarda silencio y no rehusa escucharle.

«No es que yo tema la muerte, dijo: tú me has visto á tu lado repartirla con profusion: este hierro que jamás fué inútil en mi mano, este acero que me han asrebatado tus guardias ha causado por tí más sangre que hará correr el hacha de mi suplicio. Tú me habias dado la vida: tu puedes sacármela: es un presente que no te merezco. No he olvidado las desgracias de mi madre: su amor desdeñado, su reputacion herida y la herencia de su pena legada á su hijo; pero ella ha descendido á la tumba, donde éste hijo, que lo fué tu yo y á la vez tu rival, va á unírsele en breve. Su corazon desolado por tí; mi cabeza tronchada por tus verdugos, atestiguarán á los muertos la fiel ternura de tus primeros amores y tu solicitud paternal. Es verdad que

te he ofendido; ¡pero ofensa por ofensa! Esta jóven caposa, otra victima de tu orgullo, era la que me estaba destinada; No lo ignoras! Tú la viste: te asaltaron deseos de poseer sus encantos; y, reprochándome mi nacimiento, cuyo crimen te pertenece por entero, me juzgaste poco digno de obtener la mano de Parisina. Yo no podia con efecto; reclamar la justa herencia de tu nombre, ni sentarme en el trono de los príncipes de tu raza. Ah! por tanto si se me hubiesen concedido algunos años más sabria hacer mi nombre más ilustre que el de la casa de Este y conquistar honores que solo me deberia á mi mismo. ¡Tenia una espada! Poseo un corazon que hubiera sido capaz de conquistar un casco tan soberbio al menos como alguno de los que han ornado la frente de los Soberanos de tu sangre. No es siempre el hijo mejor nacido el que se ha sentido honrado con gloriosos estímulos y nobles alientos y los míos han lanzado con frecuencia mi corcel mas léjos que los de los príncipes de la mas ilustre prosapia, cuando cargaba al enemigo al terrible grito de Este y victoria.

No quiero quejarme de las consecuencias de mi crimen ni implorar de tu piedad algunos dias, algunas horas, cuando el tiempo debe pasar muy pronto sobre mis insensibles cenizas.

Dias crueles como los que paso hoy no podian durar. Mi nombre y mi nacimiento nada tienen de vil y tu orgullo rehusaba, no obstante honrar á un hombre como yó! Por lo demás en los rasgos de mi fisonomia se reconocen algunos de la tuya y mi alma procede entera de tí. De tí, sí, proviene mi humor feroz. De tí.... por qué ocultarlo? he heredado la fuerza de mi brazo y

la brabura de mi corazón! Tu no me diste solamente la vida sino juntamente con ella todo lo que me permite con más justa razón darte el dictado de padre! He aquí lo que han producido tus culpables amores; el cielo los ha castigado en su justa prevision, dándoles por fruto un hijo muy semejante á tí. No es alma de un hijo bastardo la que emula en valor y fiereza á la tuya. En cuanto á la vida que me trasmitiste en mal hora para opróbio y afrenta y que me arrebatas tan pronto, yo hice siempre el mismo aprecio de ella que tú, cuando, revestida la cabeza del brillante casco, lanzábamos juntos nuestros briosos corceles sobre sangrientos cadáveres. El pasado ya no existe y el porvenir es muy semejante al pasado: pluguiera al cielo en tanto que entonces hubiese encontrado el descanso. Tú has causado, es verdad, el infortunio de mi madre, me has arrebatado la esposa que me estaba destinada. Bien! lo siento, eres todavía mi padre y por terrible que sea tu sentencia es justa, siquiera proceda de tí. Fui el fruto desgraciado de un crimen. Muero en el opróbio y en la vergüenza: mi vida termina de la misma manera que ha comenzado. La falta del hijo fué la falta del padre y tú, sin embargo, castigas ambas faltas en mi jóven cabeza. Yo parezco mas criminal á los ojos de los hombres, pero á Dios únicamente incumbe juzgar.

XIV.

Dijo y al cruzar los brazos hizo resonar tristemente los hierros con que estaba cargado. El choque de las cadenas sonó dolorosamente en los oídos de todos los

jefes reunidos en la sala de justicia; pero bien pronto los encantos de Parisina hubieron de atraer todas las miradas. Podia oír escuchar con tanta calma la sentencia pronunciada contra su amante, siendo la causa viviente de todas sus desgracias? Sus esquivos ojos no vagaban indecisos de un punto á otro de la severa estancia, ni estaban siquiera velados por sus párpados; pero una palidez mate se extendia en torno de sus azuladas pupilas. Se hubiese advertido, en su insensible mirada, que su sangre se le habia helado en las venas; por mas que de tiempo en tiempo se deslizaba de sus bellos ojos una lágrima trabajosamente formada. Los que presenciaron escena tan conmovedora salieron maravillados de ver que los ojos mortales pudiesen contener tantas lágrimas.

Trató de hablar; pero los acentos de su voz, medio formados, espiraban al salir de su boca y se convertian en un sonido ahogado; cual si su corazón se escapase todo entero en este gemido. Intentó nuevamente articular algunas palabras y no acertó mas que á lanzar un grito prolongado y terrible y cayó en seguida al suelo, cual erguida y enhiesta estatua que se siente quebrantada en su base, asemejando mas á un cuerpo inanimado ó á un mármol que representase la esposa de Azo, que á esta bella culpable, cuyo corazón, si pudo entregarse á los vehementes impulsos de una pasión irresistible era en cambio hártó débil para soportar todo el inmenso peso de su desventura, de su vergüenza y de su desesperacion.... Vivía todavia; pero su corazón habia dejado de existir. Todos sus sentidos habian sido desgarrados por la fuerte contraccion del dolor y

las cifras de su cerebro no producian mas que pensamientos vagos é incoherentes; semejantes á la cuerda de un arco que relajada por el agua, no despide sino dardos descarriados é inciertos. El cuadro de su pasado se habia desvanecido para ella y el porvenir se le presentaba oscurecido por espesas tinieblas interrumpidas de vez en cuando por algun rayo de luz que le permitia descubrir todo el horror de su situacion presente: á la manera que, en medio de una noche tempestuosa brillan algunos relámpagos en la soledad del desierto.

Ella siente con secreto temor que un peso cruel gravita sobre su corazon: lo encuentra tan frio y tan oprimido que llega á comprender que el crimen y la vergüenza concluirán por consumirlo. Recuerda que la muerte se cierne sobre alguno: mas ha olvidado sobre quien vive todavia? es un bien para ella la tierra que pisa y el cielo que percibe sobre su cabeza? son hombres los que la rodean ó espíritus infernales cuyas sombrías miradas la amenazan, cuando en otro tiempo su sonrisa alegraba todos los semblantes? Todo es confuso é inexplicable para su alma delirante: todo le parece un caos de esperanzas y de temores. Riendo y llorando á la vez; pero siempre con la espresion de la locura, se cree entregada á un sueño convulsivo: oh! es en vano que trate de despertar de él.

XV.

El bronce de las campanas dobladas en la pardusca torre del convento hace oír esos sonidos prolongados y deliantes que tan triste resonancia encuentran en todos

los corazones. Ya se canta el himno compuesto para los habitantes de la tumba y para los que van á descender muy en breve á ella. Es por el alma de un jóven que va á perecer por quien se doblan las fúnebres campanas y se entonan los cantos funerales: próximo al fin de sus dias, se halla arrodillado á los piés de un monje, sobre la fria y desnuda tierra que habrá de recibirle muy pronto en su amoroso seno. Oh! dolor! el cadalso se levanta delante de él: los guardias lo circundan: y el verdugo, con los brazos desnudos, disponiéndose á herir con golpe pronto y seguro, examina cuidadoso la tajante hacha. La multitud corre presurosa á ver como un hijo recibe la muerte por órden de su padre y parece como que se halla poseida de un mudo terror.

XVI.

Era una bella tarde de estío, á la hora en que se oculta el sol, cuya luz iba á iluminar un dia tan trágico. Sus últimos rayos cayeron sobre la cabeza de Hugo en el momento mismo en que terminaba sus tristes oraciones, y en que, deplorando su destino con el acento del arrepentimiento, se bajaba para oír de los lábios del sacerdote del Señor las sagradas palabras que tienen el poder de borrar las manchas del crimen: fué en este momento, cuando los resplandores del astro del dia iluminaron los ondulosos bucles de su negra cabellera; pero se reflejaron con luz mas amenazante sobre el bacha homicida.

XVII.

Han terminado las plegarias de este hijo pérfido, de este atrevido amante. Sus dedos hacen la vez de rosario y todas sus faltas son declaradas. La última hora de sus días ha sonado: se le ha despojado de su manto y su negra cabellera va á caer bajo las tijeras. La banda que jamás abandonó, amoroso presente de la bella Parisina, no le acompañará en la tumba: esta banda va á serle arrebatada y una venda va á cubrir sus ojos: pero nó, este último ultraje no lo sufrirá su frente soberbia. Los sentimientos de fiereza que han animado su corazón, desvanecidos ó sometidos en la apariencia, se reflejan en la espresion de un profundo desdén y cuando la mano del verdugo intenta vendarle los ojos, como si no osasen contemplar la muerte de frente; rechaza la venda humillante.

«No, no, dijo, abandono mi sangre y mi vida. He aquí mis manos encadenadas: pero que muera al ménos con los ojos libres: Hiere» Pronunciando estas palabras coloca su cabeza sobre el tajo fatal «Hiere» Esta fué la última palabra de Hugo y la hacha obedece. Rueda la cabeza y el tronco ensangrentado retrocede y se hunde en el polvo. De todas las venas salian olas de sangre. Los ojos y los lábios se agitan y mueven: pero esta convulsion hubo de cesar bien pronto.

Murió como debia morir un culpable, sin vana os-

tentacion: habia orado de rodillas resignado, no des-
deñando los auxilios de la religion y sin desesperar de
la misericordia divina. Cuando bajaba la cabeza ante el
ministro del Cielo, su corazon se apartaba de todo pen-
samiento terrestre: su irritado padre, su desventurada
amiga, no vivian para Hugo en este momento. Nada de
quejas: nada de desesperacion: no pensaba más que en
el cielo y no habló más que para implorarlo, excepto en
las últimas palabras que se le escaparon, cuando, pró-
ximo á recibir el golpe mortal, pidió morir con los ojos
no velados. Este fué el adios postrero á los consterna-
dos testigos de su suplicio.

XVIII.

Mudos como aquel cuyos pálipos labios acababa de
sellar para siempre la muerte, los espectadores osaban
respirar apenas: pero de uno á otro se comunicó un
estremecimiento eléctrico en el momento en que cayó
el hacha sobre Hugo. Un mormullo súbito contuvo
en el fondo de todos los corazones un gemido próximo
á escaparse. Nada turbaba el profundo silencio que si-
guió á la caída del hacha fatal. Pero, ¿qué grito de de-
mencia! y de horror es el que viene á herir el aire, se-
mejante al que lanza una madre privada de su hijo por
una inesperada desgracia? Este grito se eleva al cielo
como los acentos de una alma entregada á eternos sufri-
mientos, y ha partido del palacio de Azo.

Todas las miradas se dirigen hácia este lado y nada
ven, nada oyen: era el grito de una jóven y nunca

la desesperacion tuvo voz mas dolorosa. Pluguiera al cielo que terminase pronto la vida de esta infortunada! Tal es el voto que hace la piedad de los espectadores.

XIX.

Hugo ha muerto: y desde este dia no se ve mas á Parisina en el palacio ni en los jardines. Se creeria que jamás habia existido: su nombre se ha olvidado de todos cual esas palabras estrañas que hacen nacer la inquietud y el espanto. Jamás el príncipe Azo habló de su esposa y de su hijo; sus cenizas, por lo ménos las del caballero inmolado por la hacha del verdugo, fueron miradas como profanas. Pero la suerte de Parisina continuó desconocida, como sus restos en el sarcófago ó lugar en que fueron encerradas.

Fué á buscar asilo en un convento para ganar en él el cielo por el camino penoso de la penitencia en medio de los remordimientos y de las lágrimas? ¿El puñal ó el veneno castigaron sus adúlteros amores? ¿Debió á la piedad del cielo espirar, en unaagonia ménos larga, con el corazon herido por el mismo golpe que cortó los dias de su cómplice, cuando le vió caer sobre el banco fatal? Se ignora y se ignorará esto siempre: pero cualquiera que haya sido su suerte en este mundo, su vida comenzó y terminó en los dolores. (1)

(1) Fué un año de calamidades para la ciudad de Ferrara porque un acontecimiento trágico tuvo lugar en la corte del Soberano. Nuestros anales impresos ó

XX.

Azo tomó otra esposa y hijos virtuosos le rodearon en su vejez; ninguno, empero, fué tan bello y bravo como el que dormía en la noche de la tumba, ó al me-

manuscritos, á escepcion de la obra informal de Sardi y de algun otro. contienen la siguiente relacion.

«De Stella dell' Assassino» así llamada habia tenido el Marqués, en el año de 1495, un hijo llamado Hugo, jóven bello y espiritual. Parisina Malatesta, segunda esposa de Nicolo, parecida á muchas mujeres hermosas, le trataba con desvío, bien á pesar del Marqués que amaba con delirio á su hijo. Un dia pidió permiso, Parisina, á su esposo para emprender un viaje. Se lo otorgó; pero con la condicion de que la acompañase Hugo, esperando vencer por este medio la aversion que aquella habia concebido contra él. Tal proyecto superó á los deseos de Nicolo; pues durante el viaje pasó Parisina del ódio al sentimiento opuesto. Despues del regreso de ambos, el Marqués no hubo menester renovar sus anteriores censuras y escitaciones. Llegó un dia en que un sirviente del Marqués llamado Zoese vió salir, pasando frente á las habitaciones de Parisina, una de sus domésticas consternada y llorosa. La interpeló y ella le dijo que su señora la habia castigado por una falta liviana y dando salida á su ódio añadió que bien podria vengarse, si quisiera, revelando el comercio criminal que existia entre Parisina y su bello hijastro. El sirviente tomó acta de estas palabras y las contó á su señor. La sorpresa de éste fué grande: mas, apenas dando crédito á lo que habia oido, trató de cerciorarse por sus mismos ojos y se convenció de la verdad de la delacion, viéndolo todo por medio de un agujero prac-

nos su padre los vió con los ojos de la indiferencia, y lanzando ahogados suspiros: pero jamás las lágrimas asomaron á sus ojos ó corrieron por sus mejillas: jamás la sonrisa animó su frente sombría, en la cual asomaron bien pronto las arrugas de la meditacion, huellas impresas por su negra y abrasadora pena. cicatrices de las heridas del alma. No hubo para él alegrías ni dolores. Durante la noche el sueño huía de sus párpados y la tristeza nublabá los días de su existencia. Indiferente á la alabanza como al vituperio, su corazón huía de sí mismo: mas sus penas le asediaban siempre, tanto que parecia estar menos atormentado por sus recuerdos,

ticado en el tabique de la cámara de Parisina. Montando en cólera el Marqués les hizo arrestar al instante juntamente con Aldobrandino Rongoni de Modenas su gentil hombre y dos doncellas, segun dicen, como cómplices del crimen. Les hizo juzgar apresuradamente ordenando á los jueces que se ajustasen á las formas prescritas para los demás culpables: fueron condenados á muerte. Algunas personas intercedieron en favor de los culpables, entre otros, Hugocion Contrario que era todopoderoso cerca de Nicolò y su antiguo y digno ministro Alberto de Sale. Estos dos personajes imploraron de rodillas y con lágrimas la clemencia del Soberano dando todas las razones que pudieron encontrar para atenuar la ofensa de los culpables, asi como los motivos de honor y de decencia que aconsejaban sustraer el acta de acusacion tan escandalosa al conocimiento del público: pero su furor fué implacable ó inflexible y hizo egecutar la sentencia sin demora.

El 21 de Mayo, durante la noche, fueron decapitados primero Hugo despues Parisina: cuyo acto se realizó en las prisiones del castillo y precisamente en los espantosos calabozos que se ven hoy todavia bajo la Cámara llamada Aurora, sita al pié de la torre del Leon en la estremidad de la calle Giovecca: Zoese, el delator de Parisina, la condujo al lugar del suplicio, apoyándo-

cuando le perseguian mas cruelmente. El hielo mas espeso no puede endurecer mas que la superficie de un rio: el agua se desliza siempre deshelada por debajo y no puede cesar de correr. El alma de Azo no podia abandonar sus negras reflexiones; la naturaleza les habia dado raices muy profundas. Nosotros bien quisieramos á veces secar nuestras lágrimas, cuando fluyen del corazon: es en vano que tratemos de oponerles un dique; estas lágrimas no derramadas vuelven á su manantial y se detienen mas puras, invisibles; pero no heladas y son tanto mas amargas, cuanto mas ocultas están.

Azo sorprendia á veces en su corazon recuerdos de

la en su brazo. Ella creyó, durante el camino que seria precipitada en un foso profundo, y preguntaba á cada momento si habia llegado al mismo. Se la dijo que debia de morir decapitada. Preguntó que habia sido de Hugo y se le contestó que habia muerto. Entonces suspirando amargamente exclamó ¡Qué no haya muerto tambien! no soy digna de vivir. Llegada al cadalso, se despojó por sí misma de sus vestidos y envolviéndose la cabeza en un lienzo, la entregó al golpe fatal que puso término á esta escena cruel. La misma suerte cupo á Rangoni y á los demás, que segun los registros del convento de San Francisco, fueron enterrados en el cementerio de este Santo retiro. Nada se sabe de la muerte de las mujeres.

«El marqués nada durmió en esta noche terrible, y paseándose, con aceleramiento, preguntaba al capitán del castillo si Hugo habia muerto: cuando se le dijo que sí, se entregó á la desesperacion exclamando: Oh que no esté muerto, puesto que he podido ser arrastrado á pronunciar la sentencia de muerte contra mi hijo Hugo! Pasó la noche mordiéndose un baston que tenia en la mano y llamando á su hijo querido con prolongados sollozos. A la mañana, recordando la necesidad de justificarse de un acto que no podia quedar oculto; hizo re-

involuntaria ternura para los que habia condenado. No le era posible suplir el vacío que le desolaba. Ninguna esperanza tenia de volver á encontrar los objetos de sus recuerdos en la mansión donde se reúnen las almas de los justos! Por mas que estuviese convencido de su crimen y de su justicia, el dolor le perseguía hasta en su vejez.

Cuando una mano prudente poda las ramas enfermas del árbol, vuelve á reverdecer mejor su follage; pero si el rayo en su furor ha abrasado sus trémulas ramas el tronco se seca y se esteriliza.

dactar el relato de todo lo ocurrido, y lo envió á las diferentes Córtes de Italia.

«En vista de esta novedad, el Dux de Venecia, Francisco Foscari, ordenó, pero sin publicar los motivos, suspender los preparativos de un torneo que, bajo los auspicios del Marqués y á espensas de la ciudad de Pádua, debia tener lugar en la plaza de San Marcos, para celebrar su advenimiento á la dignidad de Dux.

«El Marqués dió ademas en un acceso incomprendible de venganza, un decreto para hacer decapitar, lo mismo que á Parisina, todas las mujeres quo conocia como infieles á sus maridos. Entre otras, Barbarina, ó como otros la llaman, Leodomía Romei, mujer del juez mayor, sufrió esta sentencia en el lugar ordinario de las egecuciones, cuartel de San Joaquin frente á la fortaleza actual, mas allá de San Pablo. No se puede decir cuan extraño pareció este procedimiento de parte de un príncipe que si se considera su carácter debia ser mas indulgente con estas faltas. Encontró sin emhargo mas de uno que aprobó su conducta.»

(Frizzi historia de Ferrara).

En el momento de la redacción de este artículo, el Sr. D. Juan de Dios, que es el autor de la obra, se encuentra en el extranjero, y por lo tanto no puede ser consultado. Sin embargo, se ha procurado obtener los datos necesarios para la publicación de este artículo, y se ha procurado ser fiel a la verdad.

Cuando una obra es publicada, el autor tiene el derecho de ser consultado en todo momento, y de ser reconocido como tal. Sin embargo, en algunos casos, el autor puede haber fallecido, o puede haberse mudado al extranjero, y en estos casos, el editor debe procurar obtener los datos necesarios para la publicación de la obra.

En el momento de la redacción de este artículo, el Sr. D. Juan de Dios, que es el autor de la obra, se encuentra en el extranjero, y por lo tanto no puede ser consultado. Sin embargo, se ha procurado obtener los datos necesarios para la publicación de este artículo, y se ha procurado ser fiel a la verdad.

Cuando una obra es publicada, el autor tiene el derecho de ser consultado en todo momento, y de ser reconocido como tal. Sin embargo, en algunos casos, el autor puede haber fallecido, o puede haberse mudado al extranjero, y en estos casos, el editor debe procurar obtener los datos necesarios para la publicación de la obra.

En el momento de la redacción de este artículo, el Sr. D. Juan de Dios, que es el autor de la obra, se encuentra en el extranjero, y por lo tanto no puede ser consultado. Sin embargo, se ha procurado obtener los datos necesarios para la publicación de este artículo, y se ha procurado ser fiel a la verdad.

En el momento de la redacción de este artículo, el Sr. D. Juan de Dios, que es el autor de la obra, se encuentra en el extranjero, y por lo tanto no puede ser consultado. Sin embargo, se ha procurado obtener los datos necesarios para la publicación de este artículo, y se ha procurado ser fiel a la verdad.